

**De verdad, en el Rosario el camino de Cristo y el de María
se encuentran profundamente unidos.
¡María no vive más que en Cristo y en función de Cristo!**

Todos los textos de este Tema están; tomados del documento "Rosarium Virginis Marine" de Juan Pablo II, y corresponden a los números 7, 10, 11 y 24, de dicho documento.

Para el diálogo y la reflexión

- a- María es inseparable de Jesús, ¿cómo lo vives en tu experiencia religiosa?
- b- Comentad cómo os imagináis las relaciones entre Jesús y María...
- e- Aparte las relaciones "normales" de la vida,
 - ¿cómo se entienden esas miradas -de las que habla el lla- que María le dirigía a Jesús?
 - ¿Es sólo un hecho constatable en el Evangelio, o pretender "darnos una pauta" a nosotros?
 - ¿En qué, o cuándo...?
- d- ¿Cuáles son tus recuerdos más vivos de Jesús?
(indudablemente se refiere a tus vivencias, lo que tú has experimentado...)
- e- ¿En qué medida significan hoy algo para ti?
- f- ¿Cómo relacionas todo lo tratado en esta reflexión con el rezo del Rosario?



AMM

**ASOCIACIÓN DE LA MEDALLA
MILAGROSA**

Diócesis de Córdoba (España)

TEMA DE FORMACIÓN Y REFLEXIÓN

nº 5

Sobre la devoción del Rosario - En el "Ario del Rosario"



María, el Camino del Rosario

« ¡Ahí tienes a tú madre! » (Jn19, 27)

Numerosos signos muestran cómo La santísima Virgen *ejerce también, hoy, precisamente a través de esta oración* aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, *le confió* en la persona del discípulo predilecto: «¡Mujer, ahí, tienes a tu hijo!» (Jn 19, 26).

Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo, entre el siglo XIX y XX, ha hecho de algún modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pueblo de Dios a recurrir a esta forma de oración contemplativa.

Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en la vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima, cuyos Santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza.

María modelo de contemplación

La contemplación de Cristo

tiene en María

su modelo insuperable.

Es al mismo tiempo el camino de una devoción mariana consciente de la inseparable relación que une Cristo con su Santa Madre: *los misterios de Cristo* son también, en cierto sentido, *los misterios de su Madre*, incluso cuando Ella no está implicada directamente, por el hecho mismo de que Ella vive de Él y por Él.

Haciendo nuestras en el *Ave Maria* las palabras del ángel Gabriel y de santa Isabel, nos sentimos impulsados a buscar siempre de nuevo en María, entre sus brazos y en su corazón, el «fruto bendito de su vientre» (cf: *Le 1, 42*).

Es el principio iluminador expresado por el Concilio Vaticano II, que tan intensamente he experimentado en mi vida, haciendo de él la base de mi lema episcopal: *Totus tuus*.

Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de **san Luis María Grignion de Montfort**, que explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo.



«Como quiera que nuestra perfección consiste en ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo.

Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo»

DE LOS «MISTERIOS» AL «MISTERIO»: EL CAMINO DE MARTA

Los ciclos de meditaciones propuestos en el Santo Rosario no son ciertamente exhaustivos, pero llaman la atención sobre lo esencial, preparando el ánimo **para gustar un conocimiento de Cristo, que se alimenta continuamente del manantial puro del texto evangélico.**

Cada rasgo de la vida de Cristo, tal como lo narran los Evangelistas, refleja aquel Misterio que supera todo conocimiento (cf. Ef 3, 19).

ES EL MISTERIO DEL VERBO HECHO CARNE, en el cual «*reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente*» (Col 2, 9).

Por eso el *Catecismo de la Iglesia Católica* insiste tanto en los misterios de Cristo, recordando que «*todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio*» (nº 515).

El «*duc in altum*» de la Iglesia en el tercer Milenio se basa en la capacidad de los cristianos de alcanzar

«*en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*» (Col 2, 2-3).

La Carta a los Efesios desea ardientemente a todos los bautizados:

«*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor [...], podáis conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios*» (3, 17-19).

El Rosario promueve este ideal, ofreciendo el 'secreto' para abrirse más fácilmente a un conocimiento profundo y comprometido de Cristo.

Podríamos llamarlo *el camino de María*.

Es el camino del ejemplo de la Virgen de Nazaret, mujer de fe, de silencio y de escucha



El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial.

¡la sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún.

Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo.

Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos.

Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada,
siempre llena de adoración y asombro,
no se apartará jamás de Él.

- Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (Lc 2, 48);
- será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y pre-sentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2, 5)

- otras veces será ***una mirada dolorida***, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. *Jn* 19, 26-27);
- en la mañana de Pascua será ***una mirada radiante*** por la alegría de la resurrección
- y, por fin, ***una mirada ardorosa*** por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. *Hch* 1, 14).

LOS RECUERDOS DE MARÍA

María vive mirando a Cristo

y tiene en cuenta cada una de sus palabras:

« ***Guardaba todas estas cosas,***
y las meditaba en su corazón » (*Lc* 2, 19; cf 2, 51).

LOS RECUERDOS DE JESÚS, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento, llevándola a recorrer con el pensamiento los distintos episodios de su vida junto al Hijo.

Han sido aquellos RECUERDOS los que han constituido, en cierto sentido, el 'rosario' que Ella ha recitado constantemente en los días de su vida terrenal.

Y también **ahora**, entre los cantos de alegría de la Jerusalén celestial, permanecen intactos los motivos de su acción de gracias y su alabanza.

Ellos inspiran su materna solicitud hacia la Iglesia peregrina, en la que sigue desarrollando la trama de su 'papel' de evangelizadora

María propone continuamente a los creyentes los 'misterios' de su hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora.

Cuando recita el Rosario,

la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

Además, mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a **la acción maternal**, de la Virgen Santa.

Ella, que es la madre de Cristo y a la vez miembro de la Iglesia como «*miembro supereminente y completamente singular*» (*LG* 53), es al mismo tiempo Madre de la Iglesia'.

Como tal 'engendra' continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo.

Lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu.

Ella es el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia.

El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento humano de Cristo en la casa de Nazaret.

Eso le permite educarnos y modelarnos con la misma diligencia, hasta que Cristo «sea formado» plenamente en nosotros (cf. *Ga* 4, 19).

Esta acción de María, basada totalmente en la de Cristo y subordinada radicalmente a ella, «*favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo*» (*LG* 60).